### **Esfuerzo no es sacrificio**

Cuando un equipo de cirujanos pasa 30 horas separando a dos niñas siamesas, todos están haciendo un esfuerzo, pero no están haciendo un sacrificio; cuando un conjunto de bailarines realiza una coreografía perfecta, significa que han tenido que realizar un gran esfuerzo, pero es impensable que para ninguno de ellos haya sido un sacrificio; cuando un alpinista corona una cumbre de más de 8.000 metros, sin duda está haciendo un esfuerzo, pero a nadie se le ocurre que se está sacrificando. Dejemos de confundir el esfuerzo con el sacrificio.

El esfuerzo puede implicar sacrificio, es verdad, pero si sólo es sacrificio en vano, nadie lo aceptará voluntariamente, ni siquiera los anacoretas. No, porque el sacrificio que puede ir implícito en determinados esfuerzos, deja de ser sacrificio en el momento en que no es un fin, sino un medio para llegar a algo, y en esa formulación de un propósito final podemos incluir también a los anacoretas.

Otra cuestión es que cuando se tiene un objetivo voluntario y se está dispuesto a conseguirlo, por mucho esfuerzo que requiera, se esté dispuesto a realizarlo, y como consecuencia se aumente la capacidad de sacrificio. Eso es lo que los adultos echamos de menos en los jóvenes, cuya capacidad para el esfuerzo, y consiguientemente para el sacrificio es mínima.

Sí, es verdad que nuestros jóvenes no están dispuestos a esforzarse, que tienen una vida regalada en la que no se les ha inducido a descubrir el placer obtenido con esfuerzo. Estoy de acuerdo. Y esto tiene que cambiar. Si no aprenden a sentir que lo que más se valora en la vida es precisamente aquello que ha sido buscado y perseguido con esfuerzo, no aprenderán a ser felices con nada, porque no lucharán por nada.

Más adelante, cuando hablemos de los padres en la tarea educativa, entraré a fondo en esta cuestión, pues sin duda son ellos los primeros modelos a seguir en esta actitud de los hijos.

Pero por lo que se refiere a la vida escolar y la necesidad de esforzarse estudiando, para aprender lo que nosotros como adultos hemos decidido que les conviene, seamos sinceros. ¿Qué es lo que en verdad les pedimos a los estudiantes cuando predicamos que es necesario volver a la “cultura del esfuerzo”? ¿No estaremos en el fondo pidiéndoles que tengan capacidad de sacrificio, estudiando lo que les aburre o ven sin sentido, sólo porque nosotros estamos convencidos de que será por su bien?

En mi práctica profesional me he tropezado con este argumento en boca de los padres innumerables veces, y en el mundo escolar tampoco faltan profesionales que creen firmemente que lo que ellos buscan en los alumnos es la disciplina del esfuerzo, pero en realidad lo que les trasmiten a sus hijos y alumnos es que deben aceptar el sacrificio de hacer algo que no les gusta porque “así es la vida”.

¿Y concretamente, qué mensaje implícito lleva el decirles cuando se quejan de tener que estudiar lo que no les interesa, que tampoco a nosotros nos gusta ir a trabajar, pero vamos todos los días? ¿Acaso no vemos que así no hacemos sino apartarles todavía más del interés por los estudios? Es como si les dijéramos: “ya sé que estudiar es un rollo, que efectivamente tienes razón porque eso que te tienes que aprender no te va a servir de nada, que te aburres, que no te interesa, Etc., que todas tus quejas están bien fundadas, *pero te aguantas y lo haces*, como yo hago otras cosas que no me gustan”. Es como decirles: “sí, hijo, pero es que la vida es una faena, y a ti te toca esa ración” ¡Es prácticamente una declaración de guerra! ¿Cómo espera alguien que eso les anime a estudiar? Podrían contestarnos a eso que para qué los hemos traído al mundo, si pensábamos que la vida es tan antipática y tan dura, por no decir algo peor, y no tendríamos ningún derecho moral para responderles en contra.

Además, en estos casos, ellos perciben que los adultos - tanto si se trata de sus padres como si esa respuesta se la dan los profesores - no son felices con lo que hacen, que no les gusta su trabajo, que están fastidiados de lunes a viernes, y que sólo esperan que llegue el fin de semana para descansar y dedicarse al ocio.

Entonces, pongámonos en su lugar. Se trata de lo que en realidad les transmitimos: que la vida es una cuesta arriba, que las obligaciones de cada uno siempre son fastidiosas, y que el único objetivo que todos compartimos es el de pasarlo “bien”.

¿Qué podemos esperar que hagan ellos como reacción a esto? ¿Acaso que se entusiasmen con unos estudios a los que no ven ninguna relación con lo que hacemos los adultos, excepción hecha de sus profesores? Tengamos en cuenta que aparte de sus padres, parientes y conocidos familiares, los profesores son para ellos el otro grupo de adultos de referencia, pero dado que precisamente viven de transmitir sus conocimientos, los alumnos los ven como si estuvieran desconectados de la realidad social que hay más allá de las aulas. ¿De dónde esperamos que saquen así la disposición para estudiar? ¿Por qué y para qué habrían de hacer un esfuerzo con esos presupuestos?

Evidentemente, este camino (el de pedirles un *esfuerzo* que en realidad es un mero *sacrificio*) es un error. Así no se consigue sino aumentar la distancia entre nuestros objetivos y los suyos, el rechazo hacia los estudios, que se reprime más o menos claramente en las primeras etapas de la escolaridad, en las que el niño es más dependiente y sumiso, pero se destapa con toda su furia al llegar a la adolescencia.

Resulta mucho más productivo y eficaz adaptar la didáctica a las necesidades de cada edad, y propiciar en los alumnos la conciencia de sus propias capacidades intelectuales, la percepción de sus propios aprendizajes, de su progresión y competencia creciente en aquello que antes no sabían abarcar con sus propios medios.

Cuando los alumnos sienten claramente su progreso, cuando ven que en sus mentes se ha operado una transformación, cuando descubren que son capaces de aprender con eficacia porque dominan la técnica de estudio adecuada a cada caso, cuando se descubren a sí mismos pensando con acierto y con capacidad creciente, y son valorados por ello, entonces están en condiciones de aceptar que les propongamos un esfuerzo para lograr objetivos en ese camino, y entonces debemos hacerlo, debemos retarlos siempre a lograr algo más, algo más, algo más. Eso es el esfuerzo.

#### ***Paso a paso hacia el objetivo final***

Para empezar, es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre la definición y descripción de un trabajo intelectual como es el estudio:

El estudio es un proceso idéntico al del desarrollo físico-muscular. Requiere un ejercicio progresivo de esfuerzo intelectual de rendimiento creciente, pero ha de comenzar con un esfuerzo mínimo que produce resultados mínimos, y que poco a poco va fortaleciendo la actividad cerebral que se logra al obtener finalmente el mayor rendimiento con el menor esfuerzo.

El objetivo final del conjunto de profesores de un alumno de escolaridad obligatoria con respecto a las técnicas de estudio debe ser el mismo, no importa en qué curso ni qué materia enseñen. Todos como una cadena desde el primer curso hasta el último tienen la obligación de contribuir a formar buenos estudiantes, en un sentido que permita a esos jóvenes proyectarse hacia su futuro personal con recursos intelectuales, más que a llenar su tiempo de datos y conocimientos perecederos.

Hemos de pretender entre todos la garantía de que ese niño o adolescente llegue a ser un joven universitario, o tal vez más tarde aún, un adulto no importa de qué edad, cuya actividad principal en un momento dado sea estudiar, ya sea en un curso post-grado universitario, una oposición, una capacitación superior en su trabajo, etc. y que gracias a nosotros sepa cómo hacerlo sin que la falta de hábitos o técnicas adecuadas suponga un problema para él.

Sin embargo, cualquier academia o profesor particular cuyos alumnos sean universitarios, opositores, post-graduados, adultos en fin, puede acreditar que con demasiada frecuencia los estudiantes más capaces y esforzados han fracasado en su intento porque no tenían buenas técnicas de estudio.

Personalmente he tenido un sinfín de alumnos cuyo déficit principal era éste, pese a que habían recibido cursillos en su Centro de Secundaria, y pese incluso a que habían acudido a Centros especializados en la tutela del estudio personal.

Y es que las técnicas de estudio, sobre las cuales me extenderé más adelante, no se adquieren siguiendo unas instrucciones que se reciben en un momento dado, ni siquiera imitando lo que algunos libros de texto proponen en un apartado de las lecciones orientado a este fin, sino que son un ejercicio intelectual que se realiza sobre todo con lo que los psicólogos llaman el “moldeamiento”, es decir, poco a poco pero con la propia experiencia, mucho más que con el “modelado” o imitación.

Es decir, las técnicas de estudio se adquieren ejercitándolas con la tutela de alguien que las realiza “visiblemente” y verbalizando sus fases, procedimientos y requisitos, mientras el interesado observa para captar la esencia de cada acción, hasta que le llega el turno de imitar y reproducir la conducta o procedimiento exacto y concreto que se le pide, y cuya dificultad, variedad o amplitud va creciendo y consolidándose poco a poco.

Para aclarar un poco la cuestión me gustaría poner un ejemplo: la adquisición del método de trabajo intelectual, de su uso correcto, de la técnica de estudio, se parece mucho al proceso necesario para aprender a cocinar. Sí, porque, en efecto, el paladar avezado (no cualquiera) tal vez podría distinguir los ingredientes de un plato determinado, pero eso no capacita al comensal para reproducirlo en su cocina.

Y más aún, se puede observar cómo lo hace el cocinero, pero, a menos que se haga así muchísimas veces y que el plato sea siempre el mismo, y que se observe el proceso completo del cocinado desde la provisión de ingredientes hasta la presentación final, sería muy difícil que el observador pudiera por sí mismo, sin ayuda, reproducir el guiso exactamente igual que su maestro hasta que lo hubiera intentado repetidamente.

Para que el aprendizaje se consiga con la mayor celeridad posible es preciso que el aprendiz observe al maestro, que debe además ser explícito con aclaraciones sobre lo que hace, y que sólo después de que éste haya realizado el proceso completo al menos una vez, en la segunda oportunidad y siguientes comience a solicitar la colaboración y parte activa de aquél, para que realice alguna fase del guiso, y eso sin esperar que el resultado sea el adecuado. Además, las contribuciones del aprendiz no comenzarán nunca por el momento más difícil y delicado, sino que se producirán cuando ya todo lo demás está bajo control sin riesgo de fracaso.

Pero naturalmente, lo primero que debemos conseguir es que el alumno desee *meterse en la cocina.* Es preciso que el estudiante encuentre atractivo el desarrollo de sus propias facultades intelectuales, o no servirá de nada que le propongamos técnica de estudio alguna.

En principio, y por seguir con el ejemplo gastronómico, para poder llegar en un momento dado a descubrir con una degustación qué ingredientes tiene un guiso, es preciso que el paladar haya conocido previamente todos esos ingredientes por separado.

En lo que nos ocupa, se trata de que si llega el momento en que un adolescente deba hacer un análisis o “comentario” de un texto, o esquematizar un tema, resumirlo, tomar apuntes o plantear un problema matemático gráfica y numéricamente, por poner algunos ejemplos de trabajo intelectual, es preciso que previamente y “por separado” haya desarrollado la observación sistemática, la representación simbólica, la relación de analogías, la ordenación temporal y espacial, la cuantificación y numeración, la ejemplificación de supuestos teóricos, la elevación de conclusiones similares a teoría, la expresión lingüística, etc. toda una gama de habilidades y aptitudes que, si se tienen se pueden desarrollar, y si no se tienen se pueden adquirir, siempre que se cuente con el entrenamiento adecuado, pero que en todo caso el interesado debe poner en juego de forma sistemática y consciente cuando realiza un trabajo final, como el cocinero debe aportar en su dosis y momento adecuado cada ingrediente del guiso, sabiendo lo que hace.

Pues bien, en las técnicas de estudio sucede lo mismo: al principio sólo se puede esperar que el interesado haga un trabajo intelectual fácil y sencillo, para que su dominio se consiga rápidamente, y para que el siguiente paso no sea en falso.

Por eso es decisivo que las técnicas de estudio sean competencia de todos los profesores, no importa cuál sea su nivel o asignatura, para que aporten en su curso la enseñanza de estas destrezas en el grado y variación que corresponda.

La coordinación de todos los profesores en torno a este objetivo debe presidir el ambiente de trabajo, y no sólo en los Departamentos Didácticos de la Secundaria, sino entre éstos y los profesores de Primaria, y de éstos entre sí, en un seguimiento de las destrezas intelectuales que se desarrollan en las diversas áreas del conocimiento, además de lo que se refiere a la continuidad en los Ciclos de la etapa.

Esto, que parece tan obvio, es sin embargo una carencia fundamental de nuestro sistema escolar, que los propios interesados declaran: según informa el Sistema estatal de indicadores de la educación en el año 2004, la evolución que siguen los profesores desde 1997 en su grado de colaboración con los órganos colegiados de los centros es decreciente, y sólo se acerca al 80% el número de satisfechos con el grado de colaboración que se da en el equipo directivo, siendo la Comisión de Coordinación Pedagógica el órgano menos valorado en este sentido, con sólo un 64% de profesores satisfechos.[[1]](#footnote-1)

Además, si bien para convertirse en un buen estudiante son necesarias no sólo las buenas técnicas de estudio sino también los buenos hábitos, y éstos son competencia de los padres en mayor medida, el desarrollo de las destrezas intelectuales es por definición la función del profesor y no sólo debe ser el fundamento de toda la actividad que se desarrolla en las aulas, sino que debe presidir la que realizan los alumnos posteriormente, en su casa, en su tiempo de trabajo personal.

Por ese motivo quisiera distinguir entre lo que sucede y debería suceder en clase por un lado, y lo que sucede y debería suceder en casa por otro.

1. Sistema estatal de indicadores de la educación 2004. INECSE. Indicador P10. [↑](#footnote-ref-1)